

NUESTROS LAZOS CON **EL COSMOS** **(El humanismo maya)**

Daniel Matul
Liga Maya Internacional

Quisiéramos empezar agradeciendo la oportunidad que la Universidad Nacional de Heredia, nos proporciona para expresar algunos conceptos de lo que los mayas entendemos por identidad, cultura y medio ambiente.

Siempre que tenemos ocasión de exponer nuestra herencia espiritual, lo hacemos con el deseo de compartir nuestro modo de ser y nuestra forma de pensar, con la confianza de un futuro mejor para la humanidad.

Dados los innumerables inconvenientes que vivimos los mayas guatemaltecos, tras 469 años de tortuosa historia, probablemente haya quien pueda interpretarnos de «optimistas» o «románticos».

Pero aún, en medio de funestas circunstancias en valles y montes; en plazas y ciudades; en caminos y veredas; en aldeas y caseríos; superando lo que parecía un eterno gemido, en perpetuo crecimiento se agiganta la esperanza, el corazón palpitante del humanismo maya, dispuesto a contribuir al avance de la sociedad guatemalteca en las nuevas cumbres de la contemporaneidad.

Es la historia presente de una vieja nación que se rejuvenece en la antigüedad de su pensamiento y en la aspiración común de construir una sociedad que, surgida desde la diversidad y en promoción unitaria, desestimará los patrones mecánicos y monocordes que ya evidenciaron su desprecio por la integralidad humana.

Todos sabemos que la imposición solamente pudo ofrecernos, unas veces, el individualismo material que degradó a nuestra ecología y a todos los que en ella vivimos, a extremos, hasta cierto punto indescriptibles.

Otras veces, el «egregio modelo» nada más aseguró el individualismo espiritual, induciendo al desprecio del cuerpo a cambio de la salvación humana. Este antropocentrismo jamás detuvo la práctica del control social, incitando y obligando a las grandes mayorías a despreocuparse por la construcción de un porvenir de igualdad y de justicia. Sin embargo, asidos fuertemente a nuestra identidad cultural nos hemos preservado del

tumulto, resistiendo, aunque con dificultades, los intentos de integración, ladinización o aculturación. Cada vez que apelamos a la memoria colectiva, robustecemos nuestra dignidad, rehabilitamos nuestra esencia, por cuanto, la identidad que portamos ha sido labrada en un mundo holístico, abierto y dinámico donde valores y formas de conducta se hacen accesibles a las cambiantes circunstancias y modificaciones del porvenir. Rechazamos comportamientos conservadores, modelos y clisés.

No es cierto que nuestra continuidad maya dependa en absoluto de las huellas del pasado. Lo que sí es cierto, es que, no aceptaremos jamás relegar nuestra cultura al museo de las curiosidades; tampoco estamos dispuestos a entregarla a los alambiques del folklorismo, pues si así lo hiciéramos, seguramente moriríamos.

Desde que surge la Tierra, todo maya sabe que como el maíz, vivirá en un universo de vitales relaciones, de historia y en el seno de una sociedad convenientemente educada en la continua elaboración de ilusiones de sí misma, en un recio esfuerzo cotidiano que aspira alcanzar un alto nivel de humanización. Es la síntesis de una cosmovisión que aprecia a la humanidad como un real reflejo del universo. El pueblo dice: Yo soy Tú y Tú eres Yo.

Es nuestro empeño por vivir, y según nos han demostrado los antepasados, su marco conceptual ofrece una ventana para la percatación de que el Universo constituye una complicada telaraña de relaciones entre las diversas partes de un todo unificado. En nuestra cosmovisión no existen entidades separadas y aisladas, no hay división entre naturaleza y cultura, evitamos la tentación de someter la naturaleza a los dictados de la humanidad. Nuestra vida no es compatible con la angustia, con la infelicidad y con los histerismos.

Tampoco somos partidarios de las elites de poder. Sabemos cuánto han materializado la existencia humana, sabemos cuánto ha sido el daño de concebir a la máquina como el modelo del cosmos y cuánto ha sido el daño de considerar a los seres humanos como simples tuercas de máquinas manejadas por poderes despersonalizadores. Consideramos que tal visión ha sido la causa que redujo el amor por la verdad a una simple ansia por la certidumbre. Por supuesto, esta experiencia que ya trató de oscurecer nuestra cosmovisión, convenientemente, la estamos superando. Un mínimo testimonio es comparecer ante esta generosa intelectualidad que desea escuchar lo que somos, lo que tenemos y lo que podemos compartir.

A eso hemos venido, estamos aquí para intercambiar el código de un saber y de un sentir que desde la actualidad se remonta al pasado milenario de mitos, leyendas, tradiciones y texturas de humanismo vigoroso, libre, responsable, solidario y creativo cuya concreción se produce entre el Cielo y la Tierra, como bien lo signaron nuestros padres en el antiquísimo Rabinal Achí.

Desde las páginas de ese libro, inspirado en los valles de Urram de la Patria Maya, estamos tratando de ofrecer parte de lo que entendemos por humanismo, medio ambiente e identidad cultural.

Si bien es cierto, las ideas del Rabinal Achí fueron consignadas en el ahora de los antepasados, cierto es también que, estas ideas pueden resultar fundamentales en el

ahora contemporáneo, más aún, cuando la humanidad entera ansía iniciar la marcha hacia el encuentro con la dignidad perdida.

Nadie puede negar que tanto hoy como ayer la humanidad vivió y vive en medio del Cielo y de la Tierra. El Cielo simbolizando la más amplia visión espiritual e intelectual de reflexión filosófica, y la Tierra, como fuerza de gravedad de nuestra situación en procura de una auténtica existencia.

Sin duda, por esa razón en nuestro humanismo la realidad no puede percibirse con la simpleza de algo exterior y ajeno a la persona. Más bien constituye un orden sutil-armónico donde lo cósmico, lo físico y lo espiritual afirman la identidad de donde extraemos las líneas maestras, para que cada quien se desarrolle con sus propios elementos, modos de vida, gustos, deseos y circunstancias en un contexto de plena evolución advirtiendo en la pluralidad el tesoro legítimo de la humanidad.

En esa dirección, la diversidad no constituye ningún obstáculo, como acostumbran encararnos los publicistas del «desarrollo» y «la modernidad». Pensamos que ignoran el fondo común de la humanidad, pues en muchas oportunidades y después de ciertos ejercicios de laboratorio, llegan al país a denominarnos «mosaicos culturales», «pueblos pluriculturales» o «multilingües» con tal de ofrecernos la única tabla de salvación que se les ocurre: la integración al occidente confesional y civilizador.

Bastaría una pequeña disposición a renunciar al dualismo cartesiano, para lograr una instancia más allá de la superficialidad, y desde allí, descubrir otra atmósfera de carácter universal que puede contribuir a la restauración del equilibrio perdido. Se trata de alentar las potencialidades humanas no solo con la lógica de la mente, sino también con la lógica del corazón.

Probado está, nadie puede vivir en el absurdo de subordinar los aspectos cualitativos de la existencia a lo meramente cuantitativo. Menos se puede vivir cuando el espíritu se reduce a la sola existencia fisiológica. Hay que decir que la esencia humana, es ante todo la transparencia de la no dualidad originaria.

Este es nuestro humanismo donde lo estético, lo digno y lo original otorgan refinamiento a las maneras de vivir, de actuar y de pensar. Gracias a ello hemos podido seguir siendo mayas, gracias a ello nuestra identidad y el medio ambiente de lagos, volcanes, ríos y montañas, verdaderamente han constituido la más portentosa defensa donde naufragan los intentos de masificación, donde no queda lugar para estimular los caldos de cultivo que generan decadencia y menos se cede a los peligros del desamparo humano. Ya hemos visto como en otras latitudes la masificación genera una especie de dique a metas, objetivos, ilusiones y realizaciones. Esto es la infelicidad y el sufrimiento.

Por el contrario, cada una de nuestras familias trabaja edificando lo que somos y quienes somos en cuanto a seres que comparten su entendimiento con los demás. Así es como nuestras comunidades alientan la capacidad de vivir como si realmente fuéramos el universo. Llegamos a confundirnos con la lluvia, a veces somos árboles, otras somos pájaros. Todos sentimos la vivencia unitaria y diversa del arco iris. ¿Y qué maya no se siente una opulenta espiga de maíz dispuesta a contraer nupcias con el cosmos? Somos entonces, todo lo que sea necesario para proyectar la humanidad al infinito.

Por estas vías la estructura social alcanza especialización en el trabajo, participación en la colectividad y elabora sus propias normas para ayudar al grupo a descubrir expresiones estéticas, muchas veces, infinitamente superiores a las de épocas pasadas. hay invención, extraordinaria espontaneidad y, hay además, un revestimiento de la serenidad y reverencia cuando se hace la síntesis del Universo.

Este mundo esencialmente múltiple, en que cada una de sus partes proviene de las emanaciones sensibles y originales de aquel tronco cósmico común, es capaz, en la medida en que cada individuo supere la angustia de la fragmentación, de motivar las trascendencia, salvar los obstáculos de la simpleza, de los sectarismos, de los egoísmos y de las prepotencias. Pues surgimos de la Tierra para gozar el misterio de estar vivos y asumir la ineludible responsabilidad de considerar un morir sin angustias.

Esta vivencia de lo profundo nos ha revelado cómo el medio ambiente, cómo la identidad cultural y cómo el humanismo están llamados a prefigurar el encuentro con la bondad, con la reconciliación. Esto es, con la raíz fundamental de todo cuanto existe. Así que, cuando contribuimos o colaboramos a mejorar vidas ajenas, entendemos que estas son también nuestras propias vidas. Según se dice, en la cotidianidad de las comunidades, es como encontrar el Quinto Sol. Por esa virtud cada quien descubre el centro de su humanidad en sí mismo, y entonces así, es más viable concebir el universo a partir de ese centro.

Cada miembro de la familia, de la comunidad y de la sociedad, antes de una visión para los demás necesita saber qué es lo que tiene y puede ofrecer al espejo que tiene frente a sí; solo así hemos podido aquilatar lo valioso del vivir para ayudarnos y ayudar a otros a elevar la existencia y superar el sufrimiento.

Tal vez, éste sea el secreto de haber soportado la rapaz embestida que añoró extinguirnos espiritualmente y, éste sea el secreto del porqué a pesar de que nuestra sociedad se encuentra sometida a la infamia de la militarización total, nuestra esencia humana se encuentra libre del estrés, libre de la indignidad y libre del espíritu de venganza. Solamente trabajamos para la restauración del equilibrio.

Prácticamente este potencial espiritual es el que nos ha posibilitado el sabernos dónde estamos y el comprender de dónde venimos. De ahí que nuestra identidad no tiene su fuente en ejércitos arbitrarios, ni en órdenes o decretos. Mucho menos en ocurrencia alguna.

Nuestra identidad, sencillamente es una vivencia que no acepta el dualismo sujeto y objeto, solamente al decir del pueblo, vivimos una magia destinada a armonizar nuestro cielo azul, con el frescor verde de la Madre Tierra, con los árboles y ríos, con la brillantez del Sol, bajo cuyas bondades naturales podemos estrechamente vincularnos al cosmos. Es pues una identidad que no ha sido esculpida en amontonamientos de inertes detalles técnicos, sino en la sincronía: Cósmos-Intelectos-Material; por eso, identidad, cultura y medio ambiente, inevitablemente, se nos revelan a cada instante y por donde quiera, en la seguridad que tienen el mismo origen.

Esta revelación, por virtud de la opresión y el racismo que se nos impone, durante mucho tiempo fue considerada, unas veces, pensamiento arcaico; otras, pensamiento

prerreligioso. No es ni lo uno ni lo otro, sencillamente es una profunda expresión del espíritu humano destinada a sobrepasar el cuadro de particularidades efímeras, para alcanzar una conciencia superior liberadora.

Este principio es la base fundamental de nuestra identidad, por su medio deducimos que la humanidad no es otra cosa que la encarnación de una partícula celeste y de allí en adelante nos corresponde construir el destino humano, en el marco del más amplio drama cósmico, donde nadie queda aislado. Espíritu y Materia solamente configuran una misma unidad.

Debido a ello nuestro humanismo y nuestra identidad se acrecientan en la medida en que cultivamos el mundo, en la medida en que cultivamos la amistad y en la medida en que cultivamos el respeto por nuestros semejantes. Así desarrollamos la confianza en sí mismos y en los demás, de tal manera que al actuar seguramente tendremos respuestas definidas: Fracaso o Éxito, no importa, confiar es saber que habrá un mensaje y cada mensaje irá formando un cúmulo de reservas y riquezas cuya única propietaria es la misma humanidad.

Es nuestro método para descubrir la realidad, o mejor, para vivirla con serenidad, con honestidad y con sentimientos. Sabidos estamos que no basta invocar solamente la voluntad para construir la paz y la amistad entre los pueblos. Es necesario vivir en el mundo como si en verdad todos fuéramos artistas. Solo así podremos apreciar todo lo que acontece aquí y allá, desde el susurro del viento hasta el dolor o la alegría ajena; pues son hechos tan naturales que no tenemos por qué extrañarlos de nuestra existencia humana.

Vivimos tiempos en que ya no es válido dudar o vacilar para mantener el corazón despierto, es nuestra responsabilidad hacerlo bello y palpitante para que, cuando lo abramos no hayan resistencias para compartirlo con los demás.

Hoy en día podemos darles testimonio que nuestra cultura está cobrando relieves de unidad nacional, está proclamando la autenticidad de la vida y de la naturaleza y se encuentra superando con creces las fuerzas de la inercia, al tiempo que rechaza con vehemencia los verticalismos de todo tipo, las falsas divisiones, la opresión, el racismo y la sobreexplotación.

Por eso mismo, saludamos con simpatía la preparación y realización de este coloquio de búsquedas comunes, de encuentros a nuevas alternativas, de descubrimientos, clarificaciones y respeto a nuestras identidades, respeto a la Madre Tierra y respeto a nuestros propios valores, en tanto que, personas, pues todos tenemos nuestras propias posibilidades, así como, igualmente, nuestras culturas tienen un significado en sí mismas.

Finalmente queremos dejarles nuestra experiencia en el sentido de que humanismo, medio ambiente e identidad cultural han sido presupuestos claves en el seno de nuestra nación, porque al formar una unidad indivisible, no solo nos hicieron consumidores de cultura, sino también nos proporcionaron los elementos e instrumentos para crearla y contribuir a ella.

Además, humanismo, medio ambiente e identidad cultural siempre nos alentaron

para que nunca cayéramos en la fidelidad hacia quienes quisieron convertirse en los amos coloniales de nuestra nación. Al contrario, humanismo, identidad y medio ambiente fortalecieron nuestras tradiciones, fortalecieron nuestras maneras de ser y nuestros auténticos valores americanos.

Muchas gracias.